

EL CONGRESO BAILA

por ENRIQUE LAFOURCADE

Todo comenzó cuando el novelista guatemalteco —y excelente espadachín— Mario Monteforte Toledo, vino al Congreso de Intelectuales de América, el año 1965. Sin duda fue el momento principal de dicha reunión. Y Monteforte —entusiasta como es— lanzó a su regreso a México, donde vive, los medios para reunir a la inteligencia latinoamericana.

Así, se entrevistó con el Presidente de la República, Díaz Ordaz, y la idea fue cobrando fuerza y adquiriendo forma. Iban a preparar los problemas. El Presidente recomendó al periodista y autor de teatro Mauricio Magdaleno en las quehaceres preliminares. Sucede que Magdaleno es secretario de educación y fue el Secretario —así fueron a los Ministros— es el eminente novelista Agustín Yáñez. Aquí vino el cuento. Yáñez tiene un privilegio de buena ley. En efecto, el autor de *El Vile del Agua* y *Las Tierras Frías* es uno de los autores de primera magnitud en el mundo hispanoamericano.

¿Qué motivos tuvo el Presidente para elevarlos a estas alturas políticas? ¿Acaso Yáñez se perfiló como el próximo Presidente? Mucho doloroso de la revolución mexicana.

El gesto produjo su resultado. Situación total de la prensa. Era en vano que se compararan revistas, diarios. Ni una sola. Este Congreso no fue registrado en la historia del periodismo mexicano.

La partida, mala. Y siguió de mal en peor. El día 14 de marzo se iniciaron las actividades del conclave. Duraría hasta el 25. Once días violentos. Monteforte había ido a la Habana, a integrar el Jurado del Concurso de la Casa de las Américas. Allí, en las tertulias, se habló de la necesidad de formar un cuerpo, una estructura, una organización que reuniera a los hombres de pluma. La idea se inclinó en América. En México sería cancelada. ¿Y en qué forma?

Monteforte pidió garantías a los cubanos. No hacer caso. No hablar de política. No atacar a los Estados Unidos. Concretarse a los motivos de la controversia. Los escritores toman de la mano, en una gran familia. ¡Qué mucho!

Y así, el 14 de marzo comenzaron a llegar las delegaciones. Previamente Juan Rulfo había recordado el continente buscando los principales contenidos. De Cuba, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Edmundo O'Gara. De Guatemala, Miguel Ángel Asturias. De Costa Rica, Joaquín Gutiérrez. De Panamá, Ismael Sinan y Ricardo Bertrán. De Brasil, Guimarães Rosa y

Thiago de Melo. De Perú, José María Arguedas. De Argentina, Cécilia Hurtado. De Chile, Estrella y Ricardo Molinari. De Ecuador, Benjamín Carrón —que viajó especialmente desde Suiza, donde actúa como Embajador— y Jorge Icaza. De Venezuela, Juan Llanusa y Miguel Otero Silva. De Chile, por último, Manuel Rojas, Armando Uribe, Enrique Lihn. Además, George Elliott, Luis Ogarrón y Enrique Hella.

El que escribe las invitaciones a los invitados fue el autor de la unión de Mario Monteforte Toledo.

Los Congresos suelen ser extraños en todas partes del mundo. Siempre faltan nociones y se hacen otros. Siempre alguien pide un minuto de silencio, y alguien solicita un homenaje, o exige que se envíen tales o cuales cartas o telegramas. Siempre hay comisiones de trabajo en las que se apellidan los más importantes proyectos. El de Argentina, organizado por el hijo de Jorge Milas —fue un escándalo. Allí se dieron cita todos los escritores de redacción, poetas de segunda orden, novelistas de tercera, músicos, escritores jóvenes, periodistas y buscavidas.

Previamente Luis Ogarrón, premiado generosamente de divisa, recorrió la Hispanidad extendiendo invitaciones. Remitido: se obtuvo que contrariera un señor chileno —un caballero— que trabaja en la Embajada de Chile en Caracas, por nombre Lira Espejo. Y, además, vino Mario Monteforte Toledo.

En este de México al turno, nombres importantes. Quienquiera que examine la nómina deberá reconocer que en ella figuraban unos cuatro grandes escritores. Por lo menos. Pero el resultado fue triste. Todos pelearon con todos. Los cubanos, en pie de guerra, iniciaron el combate, transformando las sesiones en verdaderas "relaciones diabólicas". Nada con intelectuales no revolucionarios. Nada con México. Excluido. La comunidad de escritores insurgentes, de escritores en rebeldía. Fueron secundados por Manuel Rojas, Enrique Lihn, Thia-

go de Melo, Miguel Ángel Asturias, Joaquín Gutiérrez. Pero, contenidos el cuento en orden. Primero, los escritores llegaron a la ciudad de México. Hotel del Prado.

Segundo: Los escritores viajaron en autobuses a Guanajuato —la Toledo de Hispanoamérica— una ciudad como dicen los mexicanos "de naravilla", con sus cientos de campanarios, y sus calles plenas y sus campanas que llaman y orientan, campanas de cerámica con un sonido aún más maravilloso que las de bronce, en Guanajuato donde —como dice la canción— "la vida no vale nada".

Los escritores —entre invitaciones a matines, rosarios, novenas— comenzaron a de liberar. Hicieron truenos. Los cubanos no querían ir, cada que no fuera un directo apoyo a su revolución. El autor de *El Asno* dirige la orquesta en su espacio, con agente gaité. Joaquín Gutiérrez y Thiago de Melo, dos milaneses, comunistas profesionales de la agitación, estimulados. ¿Por qué estaban ellos allí? Iluminados de estos conceptos Gutiérrez —analista y adversario— hundió la Editorial Nascimento, en Santiago de Chile. Melo, por su lado, es un escritor que cobró fama por la protección que le dispensaba Neruda. Popularidad en Chile los voluntarios llamados aguilas brasileñas. ¿Escritores? ¡Ninguno!

Elliott, que viajó desde Los Angeles, y Armando Uribe —autor de *El Engaño* Land— trataban de disminuir los impactos, de frenar los adjetivos calificativos, de mantener el congreso en un tono de mesura, de sereno. ¡Faltó! ¡Faltó! ¡Faltó! Los ánimos se iban calentando. En la noche, en la plaza de Guanajuato, desfilaron los estudiantes locando mandolinas. Pasaban las muchachas en círculos, bajo los gemidos, en torno al quiosco de hierro caído. Refran los adolescentes desbordando sus montañas de zapatos. El Gobernador disponía iluminación "a girar", y fuegos de artificios. Los escritores, en el clima de la cédula. Algunos, quemados.

En tercera parte del Congreso —ya que fue en pos las, en etapas, en capítulos— se efectuó en Guanajuato. Largos viajes por valles y montañas. Y en Guanajuato, en tempestades, sesiones, entre volos de protestas, renuncias, y manifestaciones, y con la mitad de los delegados en contra, se constituyó finalmente la Comunidad Cultural Latinoamericana.

Algunos objetivos de la comunidad: conmemoración a los escritores latinoamericanos para que organicen una distribución continental del libro. Eufemismo. Si no lo hacen, lo harán la comunidad. ¡Ja, ja, ja!

Otro: sugerencia a los Gobiernos de las Repúblicas para que apoyen la industria editorial, y reconozcan el rango principal del escritor en la sociedad. En otras palabras, convencer a O'Gara —por ejemplo— para que los y admira la "nueva revolución del libro" de Borges. ¡Nada!

Nuevos fuegos artificiales. Banquetes, discursos, alusiones, deserciones, Mariachis. Algunos, desearon a fiesta Singerman y le pidió que ofreciera una sesión de "reclutamiento" a los escritores. Ignoro las consecuencias.

El capítulo cuarto del congreso fue en ciudad de México. Desde Guanajuato, en autobús. Viajaron catorce horas. Llegaron al Hotel Del Prado a las tres de la mañana, en estado de furor. Manuel Rojas cayó a la cama, enfermo. A media jornada, los organizadores habían dispuesto un "dinner sur Therbe", en unos cerros altos donde crecían los magueyes. Fríjoles ranchos. Tortillas de harina de maíz. Con las manos. Rodados de niños y perros hambrientos. July de Horta, la esposa del autor de *Mejor que el Vino*, ingresó en dicho ágape frugal a Helena Paz, hija del poeta Octavio Paz y de Helena Garró. El viernes, Embajador en la India, ausente. La segunda, dramaturga y novelista (la señora en su habitación), motivo del furor de Mra. Rojas. Helena Paz traba las tortillas con frijoles a los perros en vez de ofrecérselas a los exentados. Réplica de la madre Helena Garró. Furor de los mexicanos, contra la "gringa" que venía a darles lecciones de

humanidad a ellos, los "revolucionarios". Terrible agarrada. Incidente superado.

En Guanajuato, Elliott, increpado acerbamente por el delito de estar haciendo clases en Los Angeles, California. Diálogo: ¿Qué hablaste, vendiendo al capitalismo norteamericano? Réplica de Elliott: —A lo mejor yo estoy vendido al capitalismo norteamericano, pero aquí, todo México está vendido a los Estados Unidos...

Clima desagradable. Violento. Todos peleaban con todos. A ciudad de México llegaron como fantasmas, silenciosos, comados, subletos, aburridos de enviar telegramas a Fidel Castro, a Johnson, Gutiérrez y Nello hacían planes, un próximo congreso en La Habana, algo. Lihn, el autor de *La Píez Obscura*, hacía planes, vivir en La Habana, desde ahora en adelante, entregado e inclinado. La revolución atrapa a Manuel Rojas: "En Chile tengo que hacer antenas en las oficinas de los gerentes, como un moneoero".

Enrique Lihn era el único feliz. Distinguido, bien educado, tiene el record mundial de Congresos de Intelectuales. No se ha perdido uno solo en los últimos veinticinco años. Notas, amarillos, azules, verdes. Congresos organizados por jesuitas, como el de Génova, o por comunistas, por razones, por anarquistas, por radicales, por demócratas cristianos. ¿Qué explicación tiene esto? ¿Cuáles son los poderes ocultos de Berta? ¿Un simple alcano de nombres? Parece insuficiente como motivo. Berta es un desarrollador de secretos, que tiene un detector de congresos, que sabe con exactitud quién es el hombre que va a organizar el próximo. Y que fijación por los libranes lleva tantos años disfrutando de su calidad de "escritor inminente" que tarda o temprano nos va a sorprender con su primer libro.

En Guanajuato, en lugar azaroso, sobrevino el "novelista histórico" Manuel Balbontin, acompañado de su nueva esposa, una norteamericana rubia y madura. Como se sabe, Balbontin fue el único chileno —aparte de Neruda— invitado al Congreso del PEN Club en New York, en 1966. Error humano. Est. Bello. Ahora, llega a la ciudad de Orizaba, premiado de una carta credencial otorgada por la S.E.C.H. Con ella, consiguió desahogar de su pieza —en el Club de la Habana— a Juan Rulfo.

El Congreso de México hace transparente un hecho feliz: la imposibilidad de que los escritores se constituyan en una jerarquía, gremio o cualquier tipo de estructura. Así sea.

20-PEC

Nº 224, 14 de abril de 1967

El Congreso baila [artículo] Enrique Lafourcade.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lafourcade, Enrique, 1927-2019

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Congreso baila [artículo] Enrique Lafourcade.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile